



**La función de la memoria en *La violencia del tiempo*
de Miguel Gutiérrez: un tormento transgeneracional y
la reivindicación de un linaje agraviado**

William J. Cheng
University of Canterbury
Christchurch, New Zealand

[Hipertexto](#)

En 1991, tres años después de la publicación de su segunda novela, *Hombres de camino* (1988), el escritor peruano, Miguel Gutiérrez (1940), publica *La violencia del tiempo*, cuya extensión de más de mil cien páginas dedicadas a contar la saga familiar de los Villar, atestigua la dimensión épica y monumental de esta ficción narrativa.¹ Considerada por la crítica como una de las mejores novelas en las letras hispánicas, este texto coloca, sin duda, a Gutiérrez entre los escritores de primera fila. Aunque el nombre del novelista peruano no ha recibido tanto reconocimiento como el de sus compatriotas como Vargas Llosa o Bryce Echenique, la envergadura y la importancia de *La violencia del tiempo*² inserta el nombre de Gutiérrez dentro del elenco de escritores peruanos de mayor relieve.

La trama principal de *La violencia del tiempo* gira en torno a la saga de la familia Villar, cuyo fundador de la estirpe es Miguel Francisco Villar, soldado godo y desertor del ejército realista español, y a la vez dueño y señor de la india

¹ Todas las citas y referencias textuales en este trabajo provienen de la segunda edición de *La violencia del tiempo*, publicada en dos tomos.

² La carrera literaria de Gutiérrez no arrancó hasta con la publicación de *La violencia del tiempo*, si bien su autor ya había publicado dos novelas anteriormente: *El viejo saurio se retira* en 1968, y *Hombres de camino* en 1988. Por el año de su publicación, la novela *La violencia del tiempo* (1991) claramente se inserta dentro del período denominado como el "Post-Boom", en el que algunos de los novelistas más reconocidos del "Boom", como Mario Vargas Llosa, Carlos Fuentes, y Gabriel García Márquez continuaron produciendo obras de tanta importancia como las que habían producido durante la década de los sesenta del siglo anterior. Curiosamente, *La violencia del tiempo* bien podría encajar como una obra del "Boom" debido, principalmente, a su visión totalizadora del mundo, a sus variadas voces narrativas y perspectivas y, a la vez, a sus múltiples líneas argumentales. Además, se halla también una honda preocupación por el plano histórico y político, y, como se evidencia en muchas ficciones del "Boom", *La violencia del tiempo* desdibuja también esa línea divisoria entre lo fantástico y lo mundano.

Sacramento Chira. A raíz en esta unión, se halla la génesis de las cinco generaciones de la familia mestiza. En el bastidor del texto no existe una sola historia, sino múltiples—mediante las cuales el argumento de la novela se ensancha a través de diferentes lugares y épocas: el marco espacial es principalmente Piura, pero se desplaza a distintos lugares como Ecuador, Panamá y Francia. El arco temporal asimismo se amplía a partir del núcleo dramático. Por añadidura, la galería de personajes se expande con la inclusión de personajes de otras épocas como por ejemplo Bauman de Metz, el padre Azcárate y el decadente Francois Boulanger de Choiré. También, al enlazar diferentes lugares del mundo y a la vez distintas épocas, la cadena histórica del drama de los Villar no sólo se remite a la historia del Perú, sino también a la universal.³

La novela tiene como protagonista principal al último vástago del linaje, personaje que se encarga de relatar mediante la escritura la crónica familiar de las cinco generaciones. De esta manera, en el cuerpo mismo de la mimesis, se dramatiza el proceso y la práctica de la escritura, poniendo de relieve su dimensión metaficcional: la novela en sí se convierte en el artefacto mismo del joven cronista, Martín Villar. Miguel Gutiérrez confiesa que al concluir la escritura de este texto de más de mil páginas, aún no sabía de lo que realmente trataba. En su libro ensayístico, *Celebración de la novela* (1996), el autor dice que le había entregado el manuscrito entero de *La violencia del tiempo* a un buen amigo para que lo leyese y éste "...me hizo este resumen espléndido: 'Es la historia de un agravio que es familiar y nacional'. Por supuesto es el resumen de una de las líneas argumentales, aunque puedo admitir que sea de la principal o más desarrollada" (173). En este sentido la historia de la familia Villar dramatiza a otro nivel una parte de la historia del Perú. El autor mismo nos dice: "Así la herida y el agravio padecidos por los Villar, con su secuelas de rencor y furor reivindicativo, revelan una forma de ser de las familias y los hombres del Perú" (*Celebración de la novela*, 174). Es, sobre todo, la forma de ser y la conciencia del hombre peruano que menciona Gutiérrez en su ensayo lo que está íntimamente ligado a la cuestión del mestizaje. Como en la mayoría de los países latinoamericanos, el proceso de mestizaje en el Perú ha sido un desarrollo largo que se inició desde los primeros días de la Conquista. Ya a partir de 1609 en los *Comentarios Reales* del Inca Garcilaso de la Vega se puede ver el uso explícito de este término:

A los hijos de español y de india, o de indio y española, nos llaman mestizos, por decir que somos mezclados de ambas naciones; fue impuesto por los primeros

³ Dado que el argumento es de tal envergadura, podemos preguntarnos: ¿qué tipo de novela es? Cuando en una entrevista se le pregunta a Gutiérrez cuántas novelas contiene *La violencia del tiempo*, el autor responde que "Por lo menos las siguientes: 1) una novela familiar en torno a la familia mestiza Villar; 2) una novela formativa, cuyo protagonista es Martín Villar; 3) una novela de peripecias existenciales del doctor González, el padre Azcárate, Bauman de Metz y Francois Boulanger; 4) una novela histórica, puesto que, por un lado, la historia de los Villar se encuentra siempre enlazada con la del Perú: a) la Emancipación, b) la Guerra del Salitre, c) la guerra entre Cáceres y Piérola y d) la construcción del canal de Panamá; y, por otro lado, a través de las vidas de Bauman de Metz y el padre Azcárate se enlaza con la Comuna de París (1871) y la Semana Trágica de Barcelona (1909)" (*La invención novelesca*, 173). En su reseña sobre la novela de Gutiérrez, Ricardo Virhuez comenta que *La violencia del tiempo* es "una exploración histórica, social, psicológica, mítica, de conductas, conciencias, y también un campo de experimentación técnica y de lenguaje (*Del Viento, el Poder y la Memoria*, 250).

españoles que tuvieron hijos en indias, y por ser nombres impuestos por nuestros padres y por su significación, me llamo yo a boca llena y me honro con él. (424)

El autor de los *Comentarios*, siendo él mismo mestizo, exalta, como es evidente, las virtudes del enlace entre la sangre de los españoles y la de los indígenas. La imagen que el escritor mestizo proyecta de sí mismo retrata de forma alegórica a la condición del Perú posterior a la Conquista.

Sin embargo, a lo largo de la historia del Perú, el enlace entre ambas razas no ha presentado una sucesión armónica; más bien el mestizaje—debido a la dinámica de la sociedad colonial—dio paso a la marginación del mestizo, así como a la del indio y de los negros. Consecuentemente, en el debate cultural del Perú se desata toda una polémica entre las valoraciones dadas al fenómeno del mestizaje. Existen dos vertientes principales—las cuales se tratarán más adelante—a la hora de intentar una interpretación del mestizaje peruano. Ahora bien, a lo largo de la trayectoria de una literatura nacional, sobre todo en la literatura peruana, es imprescindible tener en cuenta la historia de cómo y para qué se escriben los textos. No es por casualidad, entonces, que muchos de los relatos del Perú exploren las tensiones irresolutas de la sociedad y los efectos que éstas tienen en la subjetividad de los personajes.⁴ Precisamente, el mestizaje viene a ser una de estas tensiones de la sociedad peruana; por lo tanto, no es insólito que *La violencia del tiempo* trate de manera obsesiva la experiencia traumática del mestizaje. Viene al caso señalar que en la trayectoria de la literatura peruana, la preocupación por la co-existencia racial y el mestizaje también se halla en las obras de José María Arguedas. Por ejemplo en *Todas las sangres*—una de las más ambiciosas novelas en la bibliografía del escritor andino—Arguedas nos pinta a través de las letras un cuadro de ese sector peruano en el que convergen las más diversas composiciones raciales y complejas formación de cultura, y enfatiza lo oriundo del Perú como consecuencia del mestizaje.

Volvamos ahora a la novela de Gutiérrez: a partir de la narración del cronista mestizo, Martín Villar, *La violencia del tiempo* cita algunos fragmentos los cuales registran las distintas características de la memoria y las implicaciones del proyecto del joven escritor. Para empezar, quisiera enfocarme en tres citas claves de la novela y las consecuencias que se pueden extraer de ellas:

Éramos, pues, un pueblo de bastardos, frutos de la violencia, la derrota y el engaño... (*La violencia del tiempo* I, 117).

... lo que he intentado es presentar la imagen del primer indio desarraigado, forastero en su propia tierra, a la vez apóstata y apátrida y fundador de la gran soledad y rencor que grava la conciencia del hombre peruano. (*La violencia del tiempo* I, 269)

⁴ Interesa notar que en el centro de las ficciones peruanas se halla el deseo de plasmar la compleja relación entre el sujeto y la sociedad en la que se inserta. Esa es la razón por la cual el subgénero que más transita la novela peruana es el *Bildungsroman*, o la novela de aprendizaje, modelo literario que sirve para explorar las viscosidades y las frustraciones del ser humano que debe encontrar su sitio en el interior de una sociedad marcada por el conflicto. Interesa notar que dentro de la composición novelesca de *La violencia del tiempo* se halla el modelo literario del *Bildungsroman*, pues el protagonista principal, Martín Villar, tiene que definirse dentro de la sociedad que le toca vivir.

... las palabras una vez proferidas pasaban a convertirse en la memoria y en los sueños y pesadillas de la tierra, de esta tierra, de este pueblo. Por eso yo, a tres generaciones de mi primer abuelo, pude comprender, inventar o, más bien, interpretar aquellas palabras rescatándolas de la memoria crepuscular y endeble de los ancianos. Porque (...) hubo un tiempo en que yo también abjuré de mi sangre y repudí mi cuerpo y pretendí huir y saltar y dejar atrás (...) aquella sangre que para mí representaba no sólo la pobreza, la ignorancia y la superstición, sino también la fealdad, la derrota, el rencor y el odio, el lado oscuro y abyecto de la vida. (*La violencia del tiempo* II, 137)

Las frases citadas nos remiten a la orfandad, condición enraizada en el padre ausente que no reconoce a su hijo; por lo tanto, el mestizo hereda una psiquis lacerada que se manifiesta y se expresa sintomáticamente a través del rencor, el odio y de una aguda conciencia de la bastardía; de ahí la marca de la ilegitimidad. También en la última cita a la que he aludido, se observa el tema de la memoria, uno de los temas principales en *La violencia del tiempo*, el cual examinaremos con más detenimiento un poco más adelante. Pero interesa destacar ahora que a través de lo citado se puede deducir que el pasado, que no ha sido directamente vivido en carne propia por el protagonista, repentinamente emerge desde las oscuridades del pretérito a la conciencia del cronista en forma de memorias, y, consecuentemente, se plasman en el texto que escribe éste: “Por eso yo, a tres generaciones de mi primer abuelo, pude comprender, inventar o, más bien, interpretar aquellas palabras rescatándolas de la memoria crepuscular y endeble de los ancianos” (*La violencia del tiempo* II, 137).

Las frases previas insisten tanto en el papel decisivo que desempeña la memoria como en la vivencia de la condición mestiza que se postula como problema. Lo que propongo en este trabajo, entonces, es mostrar cómo el texto de Gutiérrez dramatiza la forma en que la memoria se transmite a lo largo de varias generaciones: se trata de un texto que articula una parte de la historia del Perú que se ha quedado en el olvido, o más bien, suprimida. Así, el mestizaje, como fenómeno histórico, se plasma como una intrusión violenta del pasado, una suerte de memoria traumática que llega de forma tardía. El autor claramente sugiere que la narrativa dentro en la que se relata el mundo representado surge de manera más contundente en una suerte de malestar psíquico.⁵ Significativamente, para Martín Villar, el acto de recodar y representar se convierten, a la vez, en un proyecto de índole tanto individual como colectiva con alcances políticos.

⁵ Gran parte de mi lectura de *La violencia del tiempo* se basa en la teoría del psicoanálisis. Según Freud el inconsciente es el dominio de lo reprimido. Complejos fenómenos mentales como por ejemplo imágenes, ideas, sentimientos, creencias, memorias, etc. a menudo son inconscientes en la medida que éstos no están presentes en la mente; sin embargo, éstos pueden ser traídos a la memoria mediante ciertas técnicas, por ejemplo, la hipnosis. Curiosamente, resulta que a veces no es posible activar estas memorias en la mente; puede decirse que existe una suerte de resistencia. En tal caso, se postula que opera una fuerza activa en la mente mediante la cual se impide la activación de imágenes o memorias; de manera que se puede concluir que éstas son reprimidas. El concepto de represión y del inconsciente freudiano tiene su raíz en el estudio de ciertas patologías, como por ejemplo, la histeria. La cura para estos comportamientos patológicos podría ser una variante del concepto aristotélico de ‘catársis’—manera mediante la cual se purifican las emociones. Véase el ensayo de Freud ‘Repression’ en *The Pelican Freud Library*, vol. 11. London: Penguin, 1985.

Para desarrollar esta interpretación de la lectura es necesario ver primero cómo el texto del escritor peruano presenta y define el tema de la memoria. Respecto a esa cuestión, puede decirse que la novela tiene que ver con las diferentes vertientes de la memoria. Antes de examinar éstas, convendría empezar por la estructura narrativa, ya que es mediante ésta que las diferentes formas de la memoria se presentan. ¿Quién narra? Dado que la novela en su totalidad está compuesta por varios relatos cuyos argumentos se transmiten por voces disímiles,⁶ puede concluirse que no se halla una sola voz que domine la narración. Según el crítico Horst Nitschack, “no existe una voz dominante, ni la del autor, ni la del narrador, ni la de ninguno de los personajes, sino una variedad de voces que se cruzan, se mezclan, se superponen y yuxtaponen” (*Del Viento, el Poder y la Memoria*, 149).

En este caso, sería necesario examinar la voz narrativa de Martín Villar, pues se supone que la novela en sí—la historia de los Villar—más que el artefacto mismo que escribe el joven narrador, tiene al propio Martín como protagonista principal y también como uno de los narradores de la fábula. Aunque buena parte del relato se cuenta a través de la voz de Martín, no obstante, lo que hay que tener en cuenta es que las palabras de éste penetra una voz colectiva. En una escena en particular se plasma el pensamiento de Martín durante una clase de historia del profesor Dutúrpuru en la universidad Católica de Lima: “Hice un esfuerzo por calmarme, mi yo se había difuminado, mi voz la sentía ajena, entonces me dije que mi voz no me pertenecía, yo era un conglomerado de voces y por primera vez me consideré como parte de una comunidad” (*La violencia del tiempo* I, 121). Más adelante en la novela, en un monólogo interior, Martín Villar se dice a sí mismo, “¿Son acaso más las palabras? ¡Si ni siquiera puedo asegurar que me pertenecen los recuerdos!” (*La violencia del tiempo* II, 304).

Para contar su historia, Martín Villar tiene que recurrir tanto a la memoria escrita como la oral: la historia de Martín consta de los recuerdos de su infancia, de los relatos del Ciego Orejuela, de los del zapatero don Jiménez y del albañil don Manuel Farfán, de los relatos orales de don Juan Evangelista Chanduví⁷ y los manuscritos de su padre, Cruz Villar. A propósito de los escritos del padre, éstos no solamente cumplen la función de resucitar la memoria, sino que también desempeñan un papel decisivo en la empresa cronística a través de la cual Martín podrá justificar su existencia:

⁶ Véase el ensayo de Juan Carlos Galdo, “Un conglomerado de voces disímiles y antagónicas”: Historia, Memoria y Duelo en *La violencia del tiempo*. En su trabajo, el crítico peruano, a partir de tres escenas claves, sostiene que las historias individuales están interconectadas con la Historia colectiva, y que todas éstas rechazan el modelo estado-nación a favor de una sociedad comunal-socialista.

⁷ El gran erudito de la oralidad, Walter Ong, afirma que el habla es la base y antecesora de la escritura, puesto que ésta no puede existir sin aquélla. Según el teórico norteamericano hay una oralidad primaria y una secundaria. La oralidad primaria es aquella forma de comunicación en sociedades que desconocen la escritura completamente. La oralidad secundaria es aquella forma de comunicación en culturas que conocen y dependen de la escritura para su funcionamiento comunicativo. En la novela de Gutiérrez se recogen los dos tipos de oralidad. Los relatos del ciego Orejuela dan indicios—a partir de la caracterización del personaje—que provienen de una fuente de oralidad primaria; mientras que los relatos de don Juan Evangelista Chanduví—conocido también como el guardián del “Libro de la Comunidad”—apuntan hacia la oralidad secundaria, ya que dicho libro tiene como sustento a la oralidad primaria.

Entonces empecé a leer con ansiedad y codicia los cuadernos que me legara mi padre y mientras leía esas páginas escritas con bella caligrafía estalló mi memoria y emergieron los recuerdos, voces, nombres y hechos que yo voluntariamente había pretendido sepultar, o, mejor, expulsar de mi memoria y mi vida (*La violencia del tiempo* I, 251).

Pero en una escena anterior, Martín dice lo siguiente:

De pronto sentí como una puñalada en los riñones y en el corazón y durante un largo momento perdí noción de dónde estaba porque de mi memoria resurgían sucesos, nombres y situaciones que yo había creído sepultados para siempre. (*La violencia del tiempo* I, 87)

Ahora bien, la memoria y los recuerdos son frágiles; por consiguiente, siempre corren el riesgo de perderse en el olvido. Con todo su fragilidad no los destruye del todo, porque siempre pueden ser rescatados o resucitados mediante una evocación involuntaria, rasgo que nos remite a *En busca del tiempo perdido* de Proust. En un célebre pasaje⁸ del libro del escritor francés se despliega una serie de memorias espontáneas evocadas por la magdalena. Esta escena ilustra una instancia de evocación involuntaria, la cual pone en evidencia el contraste entre el recuerdo involuntario y el voluntario; esta última define la memoria como aquellos recuerdos evocados mediante un esfuerzo consciente de recordar ciertos eventos, personas o lugares. Nos sugiere el narrador de *En busca del tiempo perdido* que las memorias voluntarias solamente ofrecen una visión limitada del pasado porque ellas no pueden captar lo que es la esencia del pretérito. En el texto de Proust la función de la memoria involuntaria puede interpretarse como una vía por la que uno puede acceder a otra dimensión del pasado que no es posible por el conducto consciente y racional. De ese modo puede explicarse la importancia que Gutiérrez le da a la cabaña de don Asunción Juarez: la pócima mágica del San Pedro es precisamente ese camino por el que tanto la novela como su protagonista exploran los distintos planos de la memoria.

Para Martín, ni la tradición oral, ni la escrita le son suficientes para acceder al pasado. Existe otra vertiente de la memoria en *La violencia del tiempo*. Para acceder a ésta, Martín acude a don Asunción Juarez, quien en su cabaña le da de beber a Martín la pócima de San Pedro, bebida elaborada de un cactus que tiene poderes mágicos. Después de ingerir este brebaje, Martín ve lo siguiente:

Imágenes reiterativas e insidiosas desfilaron ante mi vista: Miguel Francisco Villar desertaba de las tropas realistas antes de la batalla de Ayacucho, José Ignacio hincaba con sus espuelas al potro negro y con el sable ensangrentado disponíase a perseguir a las tropas chilenas en retirada, mi abuelo Cruz Villar era azotado y colgado por el chileno en la plaza de Congará.... Y vi, brumoso y fantasmal, a Bauman de Metz que había sembrado la chispa de la rebelión por todas esas montañas y jalcas...; visión bárbara, ...pero es la cólera y el odio y el rencor acumulados por siglos. (*La violencia del tiempo* I, 410-11)

⁸ “And as soon as I had recognized the taste of the piece of madeleine soaked in her decoction of lime-blossom which my aunt used to give me ... immediately the old grey house upon the street, where her room was, rose up like a stage set to attach itself to the little pavilion opening on to the garden which had been built out behind it for my parents... and with the house the town, from morning to night and in all weathers, the Square where I used to be sent before lunch, the streets along which I used to run errands, the country roads we took when it was fine ...” (51).

¿Qué mensajes, que revelaciones contenían? Algunas, muchas, irrumpían entre el torbellino de imágenes y figuraciones que pertenecían a otro tiempo, a otras edades... (*La violencia del tiempo* I, 310)

Bajo un estado modificado de conciencia producido por la influencia de la pócima, Martín puede acceder a otro plano de realidad y así ver ciertas imágenes y recuerdos, los cuales sepultados por el paso del tiempo no habían sido preservados ni en la historia oral ni en la escrita. Vale la pena señalar ahora una breve frase que pronuncia Martín en una escena, "...porque, en efecto, el San Pedro me mostró la veracidad del pavoroso rumor del pueblo" (*La violencia del tiempo* I, 298). Esta frase señala que estos recuerdos no han sido alterados ni por la escritura, ni por la voz. Es más, de cierto modo, la memoria permanece en el espacio físico y se conserva en las cosas y en la tierra. Por eso cuando el joven protagonista dice, "háblame, espíritu de mis antepasados", la pócima se convierte en un medio que le permite a Martín integrarse a la sabiduría ancestral; de ahí que el papel que desempeña don Asunción Juares es el de un chamán, maestro que no pretende transmitirle al joven Villar ni técnicas ni instrucción formal para acceder al conocimiento del pasado, sino más bien, solamente le guía para que capte la sabiduría que le está destinada. La cabaña de don Asunción Juares claramente nos remite al Aleph. A través de la focalización interna, el narrador en tercera persona dice: "Intuyó que esta cabaña era el mundo, la totalidad del universo. Y era como remontar todas las edades: escamas, aletas, caparazones, alas membranosas, colmillos, garras y bramar y rugir, antes del canto y la voz" (*La violencia del tiempo* I, 299). En la poética de las ficciones de Borges—cuyo magisterio es innegable en *La violencia del tiempo*— toda realidad espacial y temporal se cifra en un solo punto e instante.

El desarrollo del tema de la memoria—sobre todo la recuperación del pasado ancestral a través de recuerdos fragmentados—hace que el relato, como se puede concluir de la cita previa, adquiera una dimensión visual; de ahí la preponderancia y el énfasis en las imágenes de índole fotográfica. Pero más importante aún, el énfasis que se da a las imágenes visuales sugiere que la memoria puede ser transmitida de una generación a otra sin que uno haya vivido en carne propia o sido testigo ocular de ciertos acontecimientos del pasado.

Todas estas visiones nos revelan las diferentes dimensiones de la memoria: ésta se define en el texto de Gutiérrez como el grabado o la impresión de un pasado doloroso no solo en la mente individual y colectiva, sino también en el mundo. Adquiere la memoria—y hasta puede decirse, la historia—una existencia casi tangible y a la vez visible, pues, como se ve, opera también como prueba física de las atrocidades del pasado que un individuo o una comunidad puede experimentar. Queda claro que la recuperación de la memoria ancestral que presenta *La violencia del tiempo* alude a la idea que los seres humanos están sujetos a las huellas de la memoria de las experiencias de generaciones previas. Cabe decir que la memoria tiene una dimensión colectiva y transgeneracional: ésta no pertenece a un individuo solo, más bien, cruza fronteras generacionales que permite que el individuo se conecte con su pasado, idea que se refuerza a través de esta cita:

Empezaba a entender esta enseñanza que el San Pedro había procurado impartirme: que uno nunca es uno mismo ni se tiene la edad que se pone: Yo era (yo soy) Miguel Villar, yo seguía siendo mi bisabuelo Cruz Villar, yo, como Inocencio Villar, continuaría por siempre amarrado al vichayo escuchando el lenguaje

hermético del cactus dorado, yo era el implacable, el enigmático Santos Villar, y era el triste bandolero Isodoro Villar y todos los hermanos Villar que huyeron de la peste y los que después partieron a la busca de Primorosa Villar y terminaron trabajando de peones en Guayaquil y en el tenebroso Panamá. (*La violencia del tiempo I*, 415)

La dimensión transgeneracional de la memoria no sólo se limita al acceso a los recuerdos y experiencias del pasado por el individuo, sino que también se articula mediante un lenguaje interno, propio de la memoria, que se establece entre sus personajes, aunque no necesariamente de una manera directa. Como se observa en la cita previa, la memoria individual se cruza con la memoria colectiva de un pueblo; así, Martín Villar lleva la carga simbólica de las historias olvidadas o las historias reprimidas de su gente. Todo esto sugiere que la memoria radica fuera o independientemente de cualquier conciencia individual; es una suerte de tumba intrasíquica que, a su vez, sugiere el retorno de lo reprimido. Al fin y al cabo, la memoria—más que una existencia que el individuo posee—es más bien una presencia que posee y atormenta al individuo. De ahí que Congará, ciudad natal de Martín, se convierta en una suerte de sitio arqueológico al que retorna el joven para buscar los restos que se quedaron sepultados por el tiempo y para reconstruir su mundo a partir de estos residuos.⁹

La manera en que *La violencia del tiempo* despliega la dimensión colectiva y transgeneracional de la memoria, no es meramente una incursión al ámbito fantástico o mágico-real de la literatura. Más esencial aún, su función es la de plasmar la manera en que la memoria de un pasado traumático todavía pesa sobre el presente y sobre el individuo. Concerniente a este tema, Cathy Caruth, en su libro *Unclaimed Experience*, ha hecho una valiosa aportación al diálogo sobre la experiencia y la memoria traumática.¹⁰ El concepto de memoria traumática que despliega Caruth en su libro esclarece esa dimensión transgeneracional y colectiva de la memoria que señalo en la novela de Gutiérrez. Caruth desarrolla su concepto de memoria a base de un modelo de relación entre el sujeto moderno y la historia, relación que se define en términos de una historia de complicidad; en palabras de la autora, “history, like trauma, is never simply one’s own... history is precisely the way we are implicated in each other’s trauma (24). Además, Caruth sostiene que el sujeto en relación con la historia traumática se define por sus complejos vínculos a un pasado que no se experimenta ni se internaliza completamente. En esa medida, el sujeto (en relación con lo traumático) es siempre un ser en constante devenir, un ser incompleto, siempre proyectándose hacia el futuro, en ruta hacia la subjetividad.

Pero la saga de los Villar no es solamente una metáfora extendida de un Perú fragmentado y recalcitrante,¹¹ sino también es la historia de las viscosidades de

⁹ Vale la pena citar un breve fragmento de la novela en el cual se describe el pueblo natal de Martín Villar: “Congará era un pueblo castigado y espectral..., mientras caminaba por en medio de la vía y me acercaba otra vez a la plaza comprendí que me hallaba ante las ruinas de un pueblo que alguna vez poseyó grandeza... (*La violencia del tiempo I*, 176). La referencia intertextual a la novela corta de Juan Rulfo, *Pedro Páramo* es innegable, pues el pueblo rulfiano de Comala también tuvo su época dorada antes de ser arruinado y convertido en pueblo fantasma por el terrateniente, Pedro Páramo.

¹⁰ Para una lectura valiosa sobre el trabajo de Cathy Caruth, véase el libro de Roger Luckhurst, *The Trauma Question*. New York: Routledge University Press, 2008.

Martín Villar y de su búsqueda existencial. Es esta dimensión personal lo que aspira a conferirle sentido a la vida de éste, y, a su vez, a otorgarle también un sesgo autobiográfico al relato: se trata, al fin y al cabo, de un episodio dramático de su formación.

Hacia el final del texto, la voz omnisciente del narrador autorial comenta de modo general lo que forma parte de la médula y sustancia de la novela:

... era la historia o el origen de un agravio que se había consustanciado con la conciencia de todos los Villar del mundo. Pero también era el proceso de expiación de una culpa: la culpa de Martín Villar por haber pretendido negar y ser desleal a la sangre cargada de rencor y potencialidades de los Villar. (*La violencia del tiempo* II, 322)

Y unas cien páginas más adelante, el joven protagonista en su propia voz confiesa lo siguiente, "... poco después de la muerte de mi abuelo me fui a vivir a otro barrio lejos de este mundo. Entonces comenzó a operarse en mí un proceso de depravación moral que me llevó a negar mi linaje paterno..." (*La violencia del tiempo* II, 424). Lo citado tiene que ver precisamente tanto con un rito de pasaje como con un incidente decisivo dentro de la historia generacional de los Villar: la muerte de su abuelo paterno, Santos, acarrea una concientización de su "depravación moral". Lo que se demuestra aquí equivaldría a la pérdida de inocencia y la negación de su estirpe; ésta última, sobre todo, apunta hacia un mecanismo de rechazo enraizado en la vergüenza. En todo caso, la pérdida de inocencia de Martín y la necesidad de expiar su linaje agraviado cobran una importancia esencial en su relato personal: ambos se conjugan para formar el proceso iniciático del aprendiz mediante una pedagogía, de manera que *La violencia del tiempo* contiene elementos de la novela de aprendizaje.

El ultraje de los Villar no se limita a una sola generación, más bien, éste tiene, como ya se ha visto, un alcance transgeneracional, pues, como el último descendiente, hereda la piedra de Sísifo que está condenado a cargar: "Comprendí y me dije [...] que las heridas y las afrentas padecidas por los fundadores de mi sangre permanecerían sin cerrarse y, abyectas, como escupitajos, me escocerían mientras viviese" (*La violencia del tiempo* I, 417), nos confiesa Martín. Merece poner de relieve también que el momento en que Martín rechaza su linaje paterno, el rencor y el odio ponen en marcha un mecanismo mediante el cual se cuestiona la identidad individual para que finalmente se dé en el protagonista ese sentimiento de desamparo, de abandono existencial. Según nos informa el narrador omnisciente: "... ahora frente a este mundo que ya no era el suyo, se sintió forastero y lo fue avasallando el viejo sentimiento de orfandad, la misma amarga y abismal orfandad

¹¹ Podemos traer a colación a Fredric Jameson, quien, en su artículo titulado "Third-World Literature in the Era of Multinational Capitalism", interpreta la literatura Latinoamericana, o lo que él denomina como "literatura tercermundista", a la luz de la experiencia del colonialismo e imperialismo. A partir de ahí, concluye que toda literatura del tercer mundo es, por necesidad, una alegoría nacional. En el caso de la novela de Gutiérrez, se dramatiza el vivir la condición del mestizo en la sociedad peruana. Conviene apuntar también que el artículo de Jameson ha suscitado un contundente debate. Neil Lazarus, en su artículo "Fredric Jameson in 'Third-World Literature': A Qualified Defense", señala precisamente esta polémica. Para entender el por qué de esta controversia, Lazarus trae a colación a Aijaz Ahmad, uno de los críticos que ha objetado con mayor fuerza al argumento que propone el teórico norteamericano. Véase el libro *Fredric Jameson, a Critical Reader*, Douglas Kellner y Sean Homer, ed. GB: Palgrave, 2004.

que lo había llevado a visitar el hogar primordial...” (*La violencia del tiempo I*, 272). Para que esta congoja existencial se transfigure en experiencia significativa, será indispensable que el joven mestizo reestablezca un vínculo con su linaje a través de un proceso purgativo.¹² Por cierto, es significativo que su identificación y reintegración a su linaje y a la comunidad involucre el arte de escribir, puesto que la vía iniciática de Martín dentro de sus circunstancias es indesligable del aprendizaje y la práctica de la escritura—o en este caso, del arte de novelar: es a través de ello que el protagonista podrá redefinir su identidad y, así, reintegrarse con sus gentes para que finalmente su vida cobre sentido. De lo que se trata aquí es tanto una suerte de redención personal a través del arte como también una conjuración de los estragos del pasado que todavía pesa sobre el presente. No es por azar, entonces, que Martín Villar, siendo el último vástago, se encargue del cierre de esta estirpe. No obstante, ¿puede Martín Villar ser el fundador de un nuevo linaje o de un nuevo futuro? La respuesta es negativa, pues en la urdimbre de la fábula, Martín, al decidir no tener hijos con su amante, Zaira Chira, en efecto rompe con la cadena generacional, pero la ruptura de esta cadena no significa el rechazo a su filiación, o que su labor haya sido en vano.¹³

Es más, los esfuerzos de Martín Villar vienen a ser tanto una acción necesaria de índole personal como una obra colectiva y política: primero, al nivel individual—como ya se ha visto—pues tienen que ver con la forja de identidad y la purga de un linaje humillado al que pertenece; segundo, como acción política y al mismo tiempo colectiva, ya que al escribir el extenso relato de este agravio familiar, lo que hace es esencialmente desenmascarar, a través de la escritura, tanto el discurso académico de la historia como el discurso popular del mestizaje y, de forma tácita, reclamar para las masas populares una historia alternativa de índole revisionista.

Ambos proyectos—el personal y el colectivo—están íntimamente ligados: la purga existencial de Martín le permite ubicarse otra vez dentro de un linaje con su propia memoria histórica; de ahí su anhelo de integrarse y vivir dentro de una comunidad compartida, porque solo así podrá definir su identidad. De esta manera se posibilita el reconocerse a sí mismo solamente en el otro, ya que entender al otro es, a la inversa, comprenderse a sí mismo más profundamente.¹⁴ No obstante, este

¹² Una suposición crucial en la cultura de redención es que el sometimiento a cierto tipo de experiencia artística puede curar o reparar experiencias traumáticas. En su libro *The Culture of Redemption*, Leo Bersani dice lo siguiente: “The catastrophes of history matter much less if they are somehow compensated for in art, and art itself gets reduced to a kind of superior patching function, is enslaved to those very materials to which it presumably imparts value (Bersani, 1)... The redemptive aesthetic asks us to consider art as a correction of life, but *the corrective virtue of works of art depends on a misreading of art as philosophy*” (Bersani, 2).

¹³ Convendría apuntar aquí que el crítico peruano Peter Elmore afirma en su artículo “La sangre y la letra: Los modos de la filiación en *La violencia del tiempo* de Miguel Gutiérrez” que la decisión por parte del cronista mestizo de escribir la saga de su estirpe “se complementa, de un modo estricto, con la determinación de no engendrar descendencia. La autoría desplaza a la paternidad: el libro deseado se impone al hijo indeseable” (634-35).

¹⁴ La identidad personal se basa en gran medida en la relación que el individuo entabla con los otros de una comunidad. Véase el libro *I and Thou* (1923) de Martin Buber. El filósofo judío propone una filosofía existencial basada en las relaciones que el individuo establece con los otros seres humanos

segundo nivel—el de ingresar a la comunidad de los suyos tiene que ver, sobre todo, con la convivencia y la comunicación, en vez del rencor y la incomunicación. Dicho sea de paso, este último punto se emparenta con la preocupación y tema central de la novela de Gutiérrez, *Babel, el Paraíso* (1993).

Pero más importante aún, concerniente al aspecto comunitario y político, es su visión y su toma de conciencia, las cuales apuntan claramente hacia una postura ética y moral que le permite proyectarse hacia el futuro:

Pero fue el radical examen de su propia y breve experiencia de la vida lo que lo llevó a comprender y a aceptar que más importantes y significativas que las pasiones y secretas fantasías de los hombres eran su relación y conducta frente a lo comunitario y su intervención en el nudo de conflictos con que se teje el devenir de la historia. (*La violencia del tiempo* I, 71)

Que el cronista mestizo estrene esta actitud comprometedora y a la vez políticamente partidaria, resulta muy revelador: pues pone en relieve tanto el horizonte ideológico del protagonista como el del texto. La cita anterior también abarca claramente una conducta ética y moral. Sobre todo demuestra en el propio Martín una responsabilidad por parte del ser humano hacia el prójimo y el mejoramiento de la sociedad mediante la acción. No es por casualidad, entonces, que la Historia se plasme como uno de los temas capitales de *La violencia del tiempo* y que ésta se defina, siguiendo el término de Hegel, como el teatro donde los conflictos se libran y definen la realidad política;¹⁵ de ahí se explica la constante insistencia en la violencia y las revoluciones que se halla en el la novela. Según Nitschack, *La violencia del tiempo* es una novela que tiene que ver con las formas de conciencia, por eso, la insistencia en las revoluciones cobra importancia en la medida que—como dice el mismo Gutiérrez—el individuo sea consciente de su participación en el quehacer histórico (*La invención novelesca*, 157). Lo que está en

y con el mundo. La tesis principal de Buber se sostiene en que la existencia humana se define por la manera en que el individuo entra en diálogo con el otro, con el mundo y con Dios. Según Buber, los seres humanos pueden adoptar dos posturas hacia el mundo: *Yo-Tú (I-Thou)* o *Yo-Otro (I-It)*. La relación *Yo-Tú* es una de sujeto-a-sujeto, mientras que la relación *Yo-Otro* es una de sujeto-a-objeto. *Yo-Tú* es una relación de reciprocidad y de correspondencia, por el contrario, *Yo-Otro* es una relación de desunión y de distanciamiento.

¹⁵ En su libro póstumo, *The Philosophy of History*, Hegel traza la evolución de las grandes civilizaciones; lo que le concierne aquí es, sobre todo, la Historia Universal o el panorama de la Historia Mundial. Precisamente sobre este último punto equivaldría al curso que toma una civilización de un estado imperfecto de la humanidad hacia uno de perfección de la existencia social. Dicha imperfección se caracteriza por la esclavitud o el cautiverio; mientras que la perfección social se entiende como la emancipación de esa esclavitud. En suma, la Historia es concebida por Hegel como la realización de la Libertad o de la Idea en el Mundo. La progresiva realización de esta libertad se lleva a cabo mediante el deseo del Espíritu en la medida en que éste se autorealiza. De ahí que en el curso de dicha autorrealización es precisamente donde se emplea a los individuos universales para cumplir su meta. El camino por el cual se dirige la Historia no es el puro azar, sino más bien está guiada por la "Razón"—o sea, por un orden superior—lo que equivaldría en este caso al deseo de la Providencia para realizar su gran diseño racional. De esta manera queda de forma implícita que la imperfección social contenga ya en sí misma la semilla de su propia perfección. Que la "Razón" dicte el progreso de la Historia Universal no quiere decir que su camino sea pacífico; todo lo contrario, en la realización cabal de la Idea, Hegel sostiene que el curso de la Historia se convierte en una suerte de matadero, mediante el cual será necesario sacrificar las vidas de las personas en las grandes contiendas ideológicas. En última instancia, las pasiones ciegas que impulsan a los individuos al sacrificio del quehacer de la Historia serán el móvil de la praxis histórica.

juego aquí es la conciencia histórica moderna, esa visión en la que la construcción social se explica y se sustenta a través de la praxis humana, y al mismo tiempo también tiene que ver con una nueva subjetividad, la existencia humana en el mundo terrenal se define, precisamente, por la ética del trabajo, pues es esa aguda conciencia de la mortalidad, de la limitada y a la vez precaria existencia del ser humano en el mundo terrenal que le otorga mérito al trabajo, pese a las creencias religiosas del individuo, las cuales están relegadas solamente al ámbito personal. Al fin y al cabo, la Historia, la realidad social y política se hace y se construye a partir de la intervención humana.¹⁶

El otro aspecto de la acción de Martín como obra de índole colectiva y política se remite a la contextualización histórica de la saga de los Villar que él relata: el rencor, el odio y la conciencia de la bastardía que se transmite a lo largo de cinco generaciones se expresa, al fin y al cabo, como una metáfora extendida de la traumática experiencia del mestizaje en el Perú. Se ha mencionado al principio de este trabajo que en el debate cultural sobre el mestizaje en el Perú existen dos vertientes principales: por una parte se halla el discurso conservador y dominante del célebre historiador peruano, José de la Riva Agüero, cuya visión del mestizaje proyecta una imagen del enlace armónico entre las dos culturas que resuelve todas las contradicciones entre la sangre del conquistador blanco con la del indígena, y por lo tanto, el mestizo se convierte en símbolo de la peruanidad. Por cierto, esta vertiente apologética tiene como su ícono al Inca Garcilaso de la Vega, primer mestizo y símbolo de la nación peruana. Por otra parte, a la versión rivagüeriana se opone otra, en la que se podría resumir en el libro *Tempestad en los Andes* de Luis Valcárcel, quien sostiene que el mestizo no ha heredado las virtudes ancestrales de sus antepasados, sino más bien éste se presenta como un ser ineficiente para la nación peruana, puesto que trae consigo el atraso social. Sobre este último punto, cabe mencionar que Valcárcel traslada la caracterización hecha por intelectuales y estadistas como Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) que acusan del atraso americano a los indígenas y a los mestizos. Ambas razas, como segmento social, aparecen incapaces de modernizar una nación. En todo caso, tanto bajo la

¹⁶ En su libro *Between Past and Future* Hanna Arendt sostiene que la conciencia histórica moderna no podría haberse manifestado sin la separación entre la Iglesia y el Estado, entre la fe y la praxis política: “The separation of religion and politics meant that no matter what an individual might believe as a member of a church, as a citizen he acted and behaved on the assumption of human mortality” (73). Según Arendt, el individuo puede creer—como creencia personal—en la vida eterna del más allá; sin embargo, es la mortalidad del ser humano, el tiempo limitado de su existencia en el mundo terrenal, lo que le dará valor e importancia a las obras humanas en la construcción del devenir social, puesto que éstas justificarían la existencia humana en la tierra. Cabe mencionar que las suposiciones y conclusiones que establece Arendt tienen sus raíces en las ideas del filósofo italiano Giambattista Vico y también del pensador alemán Karl Marx. La idea propuesta—sobre todo por el filósofo alemán—de que “la historia se hace”, ha tenido una influencia que va más allá del círculo marxista. Dicha idea tiene una estrecha relación con la idea de Vico en que la historia es creada por los seres humanos, mientras que la naturaleza es creada por Dios. Para Vico, y posteriormente para Hegel, la preocupación por la Historia fue principalmente una cuestión teórico-filosófica. Marx, por otra parte, tomó el concepto de Historia de Hegel y acoplándolo con las filosofías políticas de la época moderna, logró concebir una visión en la que las grandes metas históricas se realizan mediante la acción política. El modelo de Marx básicamente parte de una conciencia histórica y de ahí se desprende una conciencia política. Véase el libro de Hayden White, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: The John Hopkins University Press, 1973.

percepción de Riva Agüero como la de Varcárcel, el concepto de mestizaje es un elemento crucial si queremos comprender el escenario cultural y social del Perú.

Efectivamente, la historia que se decanta y se revisa en *La violencia del tiempo* no es, de ninguna manera, la historia oficial de heroes, más bien, es la historia vergonzosa de la clase plebeya que la historia oficial trata de ocultar. No obstante, el discurso conservador se pone a la vez en tela de juicio, pues en el relato no es por pura coincidencia que Martín Villar sea estudiante de historia en la Universidad Católica de Lima, ya que con este hecho, la novela de Gutiérrez pone al descubierto el horizonte ideológico de la historiografía oficial.

En la clase de historia de la Universidad Católica, Martín, para su desconcierto, descubre que la historia peruana consta de "...las hazañas, los lances de honor de los fantasmas crueles, soberbios y excelsos..." (*La violencia del tiempo* I, 118). Un poco más adelante, otro profesor de historia de la Católica—el Doctor Dutúrpuru—siguiendo la línea de pensamiento de Riva Agüero, realiza un estudio detallado de la geneología de sangre de los descendientes de la élite peruana. De manera que se plantea implícitamente la pregunta: ¿quién maneja la historiografía? El texto de Gutiérrez, precisamente, cuestiona el discurso hegemónico cultural. Así—institucionalizada por el gremio académico—la historia del Perú se convierte en un mecanismo que legitima el poder interpretativo de la élite académica y que al mismo tiempo descalifica y encubre la historia de la masa.

En un episodio de la novela, el profesor Gandamo somete el trabajo académico de Martín a un escrutinio implacable:

En cuanto a la utilización de documentos, su interesante monografía adolece también de una adecuada jerarquización de la misma y del empleo de otros documentos de dudosa validez si pretendemos hacer historiografía seria y científica..., conferirles valor probatorio a los cuadernos manuscritos de un oscuro médico de aldea y al todavía más oscuro Cruz Villar Dioses (...) me parece una agresión a la ciencia de la historia (*La violencia del tiempo* I, 149).

Pronto Martín se da cuenta que "... la historia del Perú tal como está escrita no era más que la que degradada crónica de los infinitos lances de honor y bastardía protagonizados por cabalgata de fantasmas magníficos y despreciables que seguían oprimiendo nuestra conciencia" (*La violencia del tiempo* I, 118). Por lo tanto, Martín toma una decisión ética y abandona su carrera universitaria para ser maestro de una escuela rural en el caserío de El Conchal, y es allí donde escribe la historia de su linaje.

En la novela *The Book of Laughter and Forgetting* (1979) de Milan Kundera, el protagonista Mirek dice lo siguiente: "... the struggle of man against power is the struggle of memory against forgetting" (3). A través de esta frase el autor implícito sugiere que la pugna por la sobrevivencia de la memoria es, al fin y al cabo, una contienda política; es decir, una lucha declarada en contra de aquéllos que controlan las interpretaciones históricas—a través de la manipulación de la memoria colectiva—y de aquéllos que determinan la identidad colectiva de una nación. Asimismo, podría decirse que si una obra literaria ha de sobrevivir una lucha en contra de las imposiciones y manipulaciones del poder hegemónico, es imprescindible tener en cuenta que la escritura no puede ocupar el lugar de la

memoria en la misma medida que la memoria no puede recrear el pasado tal como ocurrieron los hechos. En otras palabras, la lucha política por la memoria no debe ser concebida como una contienda por la precisión o la veracidad de los hechos, pero más bien por la función que ésta cumple y su importancia que tiene para el presente o futuro. En palabras de Paul de Man: “The power of memory does not reside in its capacity to resurrect a situation or a feeling that actually existed, but it is a constitutive act of the mind bound to its own present and oriented towards the future of its elaboration” (*Blindness and Insight*, 92).

A la luz de lo mencionado arriba, podemos reflexionar sobre la visión polémica del mestizaje que propone *La violencia del tiempo*: el momento de la fundación de los Villar socava la alegoría romántica del mestizaje, esa mezcla armónica de la sangre europea con la indígena. Si bien el discurso apologético del mestizaje se ha convertido en un lugar común en el Perú, dicha historia se difumina, se disuelve, dando lugar a una voz contestataria, pues, la novela de Gutiérrez tiene el propósito de inscribir en el imaginario cultural peruano una visión polémica del mestizaje. Es importante señalar, en todo caso, que la novela no trata el tema de la bastardía como un caso individual—el estigma que Cruz Villar o Santos Villar llevan como mestizos y bastardos—sino, más bien, como una condición ontológica, fundamental y originaria. Puede decirse, entonces, que la crónica de los Villar desenmascara la política del discurso conservador académico de la historia:

... no era una cuestión puramente literaria, no se trataba de contar una historia más o menos insólita y despiadada, se trataba (...) de reivindicar una memoria, de hacer patente la continuidad del ultraje, de la herida, de la caída, que constituían el emblema, el indeleble blazón de los Villar (*La violencia del tiempo* II, 345).

El relato que escribe Martín de su estirpe queda como artefacto de revisión histórica que puede ser leída como un acto de índole colectiva y a la vez también como una suerte de resistencia a las imposiciones de la hegemonía cultural.¹⁷

Convendría preguntarse ahora: ¿el protagonista ha cruzado el umbral? ¿Ha podido superar el sufrimiento y el trauma del agravio originario de su linaje y la fractura de su identidad cultural mediante la purga existencial y la conjuración del tormento transgeneracional de la memoria? ¿Ha podido reconciliar el pasado para acceder a una nueva etapa que invita a la comunicación y la convivencia? Las respuestas parecen ser vagas y desconcertantes, pues, en efecto, podría leerse como una empresa fallida por parte del personaje a la hora de definir su identidad: “Y yo?, ¿repetí (...) Y yo vine a esta región, a este pueblo, pensando que era un retorno, diciéndome: Seré una comunidad. Pero no fue más que una huida..., pues no soy una comunidad y quizás nunca lo sea...” (*La violencia del tiempo* II, 176). Y

¹⁷ Respecto a la índole histórico-revisionista de *La violencia del tiempo*, conviene mencionar que uno de los subgéneros novelescos muy frecuentados por los escritores latinoamericanos es la novela histórica. El auge de este modelo literario se debe a que el pasado histórico aún tiene un peso traumático sobre el presente. En esa visión retrospectiva de la novela histórica contemporánea latinoamericana se halla una insistencia en reconsiderar períodos decisivos, sobre todo, de la época colonial. Novelas como *El siglo de las luces* (1962), *Yo el supremo* (1974), *La guerra del fin del mundo* (1981), *Noticias del Imperio* (1987) y *El general en su laberinto* (1989), curiosamente en todas ellas, se plasma el proceso mismo de la construcción de su pasado histórico y de las distintas perspectivas que lo construyen. De ahí puede considerarse que todas estas novelas mencionadas contienen algún elemento de naturaleza revisionista.

más adelante en la novela dice Martín, “No soy tan iluso como para considerarme integrado a esta comunidad, pero sí he sido aceptado como un elemento no ajeno a sus costumbres y a la trama de sus vidas” (*La violencia del tiempo* II, 433).

Pero antes de formular respuestas definitivas y llegar a una conclusión más acertada, habría que considerar cuidadosamente la última parte de la novela. El último apartado de *La violencia del tiempo*—que resulta ser un epílogo—curiosamente es una suerte de digresión que tiene como soporte el libro ficticio *Geografía física* de la región piurana del doctor González, libro del cual se apropia Martín Villar para su edificación personal—meta que el joven se propone también para una pedagogía aplicada a lo largo de su aprendizaje. Importa señalar que el epílogo del libro adquiere una atmósfera y tono marcadamente distintos a los otros apartados de la novela: las descripciones de los accidentes geográficos de la región piurana del Perú, acoplada con una dicción entre nostálgica y llana del narrador autorial—que, dicho sea de paso, es la única voz que predomina en este apartado—se plasman no solamente una suerte de realidad sustraída de las preocupaciones tanto del mundo atávico como del moderno, sino que también se desplazan por completo la presencia física del protagonista. Su existencia se limita en este apartado sólo a los comentarios que hace el narrador. Por añadidura, se efectúa una mediación distanciadora, con lo cual la subjetividad del personaje se plasma no directamente por el filtro del protagonista mismo, sino por el filtro distanciador del narrador. El estilo, entonces, configura, a su manera, el estado psíquico del cronista mestizo, la agonía existencial que experimenta Martín Villar anteriormente en el texto libra una batalla que da paso no necesariamente a un estado de plenitud y lucidez, sino más bien a una reconciliación consigo mismo caracterizada por una aceptación estoica en el hallazgo de su vocación como escritor: “Y así, por fin, tras haber aprendido a respetar tanto los imperativos de la vida como los del arte—a la herida y el deleite verbal—el río había forjado su cauce...” (*La violencia del tiempo* I, 503). De ahí que la novela tenga que ser leída como la representación de las vicisitudes de Martín Villar a través de una pedagogía aplicada:

...Martín Villar se dijo que debía armar su propia estrategia para transformar el luto, que ahora sabía reinaba en él, en fuerza creadora. En la filosofía de Spinoza la tristeza posee un signo negativo, pero sin la tristeza los poderes de la imaginación y el entendimiento resultan estériles. ¿Dónde había leído esto? Por eso, se dijo, era necesario mantener la llama viva, pero evitando que el fuego abrasara y consumiera. (*La violencia del tiempo* I, 498)

Notoriamente, el mecanismo de sobrevivencia que Martín Villar descubre es el de transformar el sufrimiento en expresión artística, y es precisamente en él que el protagonista encuentra el sentido de su existencia. Sin embargo, el hecho de que Martín Villar haya encontrado una vía que justifique su existencia, no quiere decir que por ello el protagonista pueda reconciliarse con su pasado o bien acceder a la comunidad de los suyos. Pese a que el protagonista ha logrado justificar su existencia como escritor, el texto sugiere que éste no resuelve sus sentimientos contradictorios, con lo cual se sugiere que la condición mestiza dista mucho de ser un enlace armónico, el mestizo siempre será el “otro”.

Si bien *La violencia del tiempo*—como apunta el crítico peruano, Peter Elmore—“está muy lejos de adoptar una postura edificante y optimista” ni tampoco “remata proponiendo una apoteosis integradora ni la confianza de un futuro distinto

para la sociedad peruana” (*Del Viento, el Poder y la Memoria*, 89), no obstante existe en el texto una suerte de reclamo a narrar una historia alternativa: “He logrado fabular la historia de una herida que a todos nos alcanza y la historia de una vindicación primitiva, bárbara y el rencor inextinguible, junto al itinerario de vidas que arrastran consigo los furores de la Historia” (*La violencia del tiempo* I, 433).

Obras Citadas

Arendt, Hannah. *Between Past and Future. Six Exercises in Political Thought*. New York: The Viking Press, 1961. Print.

Bersani, Leo. *The Culture of Redemption*. Cambridge: Harvard University Press, 1990. Print.

Buber, Martin. *I and Thou*. Trans. Walter Kaufmann. New York: Charles Scribner's Sons, 1970. Print.

Caruth, Cathy. *Unclaimed Experience: Trauma, Narrative, and History*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1996. Print.

Elmore, Peter. “La sangre y la letra: Los modos de la filiación en *La violencia del tiempo* de Miguel Gutiérrez”. *Revista Iberoamericana*. 73:220 (2007): 631-647. Print.

Freud, Sigmund. *The Pelican Freud Library* vol. 13. Trans. and ed. James and Alix Strachey. London: Penguin Books, 1973. Print.

Galdo, Juan Carlos. “Un conglomerado de voces disímiles y antagónicas”: Historia, Memoria y Duelo en *La violencia del tiempo*. *Colorado Review of Hispanic Studies*.1:1 (2003): 41-64. Print.

Garcilaso de la Vega, el Inca. *Comentarios Reales*. México: Editorial Porrúa, 1990. Print.

Gutiérrez, Miguel. *La violencia del tiempo* (tomo I, II). Lima: Milla Batres, 1991. Print.

---. *Celebración de la novela*. Lima: Editorial Peisa, 1996. Print.

Hegel, Wilhem Friedrich. *The Philosophy of History*. New York: Dover Publications, Inc., 1956. Print.

Jameson, Fredric. “Third-World Literature in the Era of Multinational Capitalism”. *Social Text* 15 (1986): 65-88. Print.

Kellner, Douglas and Sean Homer, eds. *Fredric Jameson, a Critical Reader*. GB: Palgrave, 2004. Print.

- Man, Paul de. *Blindness and Insight: Essays in the Rhetoric of Contemporary Criticism*, 2nd revised edition. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1983. Print.
- Monteagudo, Cecilia y Victor Vich. *Del viento, el poder y la memoria. Materiales para una lectura crítica de Miguel Gutiérrez*. Lima: PUCP, 2002. Print.
- Ong, Walter. *Oralidad y escritura. Tecnologías de la palabra. Trad. Angélica Sherp*, Bogotá: FCE, 1999.
- Proust, Marcel. *Remembrance of Things Past* v.1. Trans. C.K. Scott and Terence Kilmartin. New York: Random House, 1980. Print.
- Riva Agüero, José de la. *Obras completas II*. Lima: Universidad Católica, 1962. Print.
- Valcárcel, Luis. *Tempestad en los Andes*. Lima: Editorial Minerva, 1927. Print.
- White, Hayden. *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: The John Hopkins University Press, 1973. Print.